Los siete Infantes

DE LARA.

«Quien es aquel caballero,
»que tan gran tracion hacia?
»Rui Velazquez es de Lara
»que á sus sobrinos vendia.
—Romancero General.—

Estaba Doña Lambra sentada junto á una ventana que daba sobre el jardin, en actitud meditabunda, y sumerjida al parecer en profundas reflexiones. No se veia en su rostro señal ninguna que indicase aquel sereno placer que debe brillar en las facciones de una mujer, mientras duran los regocijos á que han dado motivo sus bodas: las de Doña Lambra con Rui Velazquez, señor de Villaren, se habian celebrado en Burgos algunos dias antes con toda

la pompa y magnificencia posibles (1). Era tal vez su marido para ella un objeto de odio ó de temor? No; el amor y la conveniencia habian contribuido de consuno á que se efectuara aquel enlace. Su enojo actual tenia por causa un insulto supuesto, y las ideas que la ocupaban, tenian por único objeto el plan de una venganza tan pública como cruel.—

Gran número de huéspedes llenaban el palacio del señor de Villaren, y dispersados ahora en sus inmensos jardines, entreteníanse en presenciar diferentes juegos de fuerza ó de habilidad; pero la dama en cuyo obsequio se celebraban aquellos brillantes festejos no tomaba la menor parte en la alegría que inspiraban. Sus ojos negros y penetrantes se dirijian frecuentemente á un grupo de jóvenes caballeros, y sus ardientes miradas revelaban la cólera en que ardia. Los mancebos que así atraian la atencion

---

(1) Las bodas se hacen en Burgos,
las tornabodas en Salas,
las bodas y tornabodas
duraron siete semanas;
las bodas fueron muy buenas
las tornabodas muy malas".

ROMANCERO GENERAL.

de Doña Lambra eran siete hermanos, hijos de D. Gonzalo Bustos, señor de Salas de Lara y pariente de Rui Velazquez, que habian provocado la saña de aquella mujer por una circunstancia que, aunque fútil en si misma, produjo los mas desastrosos resultados. Mientras la comitiva nupcial se dirijia á la iglesia, hubo una lijera reyerta entre Alvar Sanchez, primo de la nóvia, yGonzalo Gonzalez, el menor de los siete hermanos; y aunque los amigos de entrambos la apaciguaron en breve con su intervencion, Doña Lambra, mujer orgullosa y vengativa, se creyó insultada personalmente, y solo se ocupó desde entonces en les medios de tomar venganza. Tal era la causa que cubria á la sazon su hermosa frente de una nube sombria.

No pudiendo ya refrenar por mas tiempo su ira y su rencor llamó á su escudero, y le dió órden de que fuera á insultar á los siete hermanos; el medio que le indicó para lograrlo fué hacerlos la mayor injuria que podia recibir un caballero en aquella época, y se reducia á llenar de sangre una calabaza y echársela encima al que se queria ultrajar (1). El

(1) —Toma ahora tú un cohombro,
hínchelo de sangre viva,

escudero contando con la proteccion de su señora, se apresuró á obedecer sus órdenes; acercóse á los infantes de Lara, y tomando todas las precauciones posibles para no errar el golpe, vació sobre Gonzalez la calabaza llena de sangre. Llenos de sorpresa é indignacion los siete hermanos, volvierónse coléricos al insolente escudero, que temblando de miedo, corrió á refujiarse al lado de su señora (1).

---

y arrójaselo á Gonzalo,
aquel que el azor tenia;
vente luego para mi,
que yo te mampararia.—
El hombre tomó un cohombro
y de sangre lo teñia,
dió con él á D. Gonzalo,
en sangre untado lo habia.
(Id).

(1) El hombre cuando los via
acojióse á Doña Lambra:
só su brial se metia,
los Infantes que lo vieron
á Doña Lambra decian;
—Cuñada, quitaos afuera,
no amparéis quien mal hacia.
—Mi vasallo es este hombre,
Doña Lambra respondia.....
(Id).

—Vive Dios, Doña Lambra, esclamó Gonzalez, que vos sois quien le mandó hacerme tal afrenta, porque sino jamás hubiera osado insultarme ese villano. El mismo prueba que es fundada mi conjetura, refujiándose al lado de su señora; pero sea como se fuere, el miserable recibirá su castigo.

Precipitáronse los siete hermanos con espada en mano hácia Doña Lambra, la cual esclamó montada en cólera.

—Alto ahí, Señores! pronto se arrepiente el que obra con precipitacion. No toqueis á este hombre — yo le protejo, y miraré cualquier ofensa que le hagais como un insulto directo hecho á mi persona.

—Vanas son vuestras amenazas, señora, respondieron unánimemente los siete hermanos,— ha de morir el infame....

Cubrióse este lo mejor que pudo con la falda del largo manto de su señora, pero no respetaron aquel santuario los furiosos hermanos. A pesar de los agudos gritos del culpable, y de las amenazas de Doña Lambra, le sacó Gonzalez arrastrándole por los cabellos, del refugio que creia haber hallado, y el infeliz, cubierto de heridas, espiró tiñendo en su san-

gre las nupciales galas de la recien casada; — funesto presajio, pero en que no hicieron alto antonces los siete hermanos; tan esclusivamente los ocupaba el deseo de la venganza!—

La confusion á que dió orijen esta sangrienta escena, atrajo al sitio en que acababa de pasar á gran uúmero de caballeros, y entre otros á Rui Velazquez, esposo de Doña Lambra.

—Señor! —esclamó ella, ved que afrenta acaban de hacernos estos insolentes hermanos. Si sois hombre, recibirán dentro de poco el castigo que exije tamaño ultraje.

Sonrieron con desden los infantes de Lara, y limpiando sus espadas que humeaban todavía con la reciente sangre de su víctima, se retiraron sin hacer el menor caso de la indignacion de que eran objeto. Luego que se hubo calmado la primera efervescencia de la ira, empezaron el señor de Villaren y su esposa á discurrir con mas sangre fria en los medios de vengarse de aquel insulto. Lo primero que le ocurrió á Rui Velazquez fué elejir seis de los mas valientes entre sus deudos y amigos, y enviar un cartel de desafio á los siete hermanos. Este era seguramente el medio mas no-

ble y honroso de tomar satisfaccion de su agravio; pero Doña Lambra se opuso á ello, porque veia en aquel proyecto una perspectiva de venganza demasiado incierta.

—Hombres tan viles, esclamó con altivez, no merecen ser tratados como nobles caballeros: su insolencia los hace dignos del castigo á que es acreedor el último de los criminales. A la astucia y no á las armas debemos recurrir en este trance fatal; ademas ¿seria justo arriesgar unas vidas tan preciosas como la vuestra y las de vuestros nobles deudos contra las de esos infames? — No; es menester que sean castigados de un modo proporcionado á la perversidad de su conducta!

Dejóse persuadir el señor de Villaren por los argumentos de su esposa, ó por mejor decir, cedió á sus ruegos y se determinó á seguir su parecer. Habia en los argumentos de Doña Lambra tanta tenacidad, y era tal la ciega indignacion de Rui Velazquez, que facilmente consintió en llevar á cabo proyectos indignos de un buen caballero. La perfidia, esa escoria de los vicios sociales, fue el medio que adoptó Velazquez para efectuar su proyecto; mas como nunca falta un nombre pomposo con que

encubrir los vicios mas odiosos, la perfidia en aquella ocasion se llamó profunda política. El señor de Villaren, aparentando profunda pena por los tristes sucesos acaecidos en la época de sus bodas, envió un mensaje á Gonzalo Bustos de Lara manifestándole su deseo de que ambas partes sepultasen en el olvido cuanto habia sucedido, y de que las dos nobles familias continuasen viviendo bajo el pie de una amistad cordial, como hasta entonces. Persuadido el señor de Lara de la sinceridad de este mensaje, recibió muy gustoso la proposicion de su pérfido amigo, é hízole decir que por su parte sentia en el alma el arrebato de sus hijos; y aun recomendó á los infantes que enfrenasen mejor su cólera en lo sucesivo. Rui Velazquez los convidó á todos á un banquete espléndido, y hubo entre ambas partes una reconciliacion síncera al parecer: Doña Lambra abrazó al jóven Gonzalo Gonzalez, que era al que mas aborrecía de los siete hermanos, y desde entonces cesó en apariencia todo motivo de rencor entre ambas familias.

Dejó asi pasar algun tiempo Rui Velazquez al cabo del cual fué á ver al padre de los infantes para hablarle de un asunto muy importante.

—D. Gonzalo, amigo mio, le dijo, no puedo probaros mejor la sinceridad de mi aprecio y la alta opinion que tengo formada de vuestro mérito, que suplicándoos tengais á bien encargaros de una comision que es para mí de la mayor importancia. Sabeis que el Rey moro de Córdoba me debe una suma considerable (1), y nadie está mas en estado de reclamarla eficazmente de aquel infiel que Gonzalo Bustos de Lara. Sus talentos y sus virtudes son seguras garantías del buen éxito de esta empresa, si consiente en encargarse de ella; espero pues que asi lo hareis, con tanto mas motivo, cuanto destino esta suma para servir de dote á mi hermana Doña Urraca á quien quisiera, para

---

(1) Cuñado Gonzalo Gustios,
las bodas que he hecho hoy dia
costáronme grande haber,
nadie me favorecia.
Aquese Rey Almanzor
que en Córdoba residia
gran ayuda me mandó
para el gasto que hacía.—
(Id).

Bien se ve que en este paso se ha separado el autor de lo que dice el romancero, pues aquel supone que el

estrechar aun mas los vínculos de amistad que nos unen, ver casada con vuestro hijo primojénito.

Aceptó al punto Gonzalo Bustos la comision que le dió su falso amigo; preparóse á partir, y habiendo recibido de Rui Velazquez una carta escrita en árabe para el Rey de Córdoba, encaminóse hácia aquella córte algunos dias despues con una comitiva poco numerosa. En aquella carta suplicaba el pérfido Villaren al Rey moro que hiciese dar muerte al portador, añadiendo que de este modo pagaria la deuda que iba á reclamar el desgraciado Gonzalo. Apenas se presentó el señor de Lara en la córte de Córdoba, y entregó sus credenciales, fué desarmado al punto y metido en un calabozo. Indignado el cristiano de esta abo-

---

Rey moro era deudor de Rui Velazquez, y de la crónica se infiere precisamente lo contrario.

Todo lo demas está en todo conforme con las tradiciones que se conservan de aquel suceso. En la carta decia Rui Velazquez al rey entre otras cosas:

«Envioos allá al su padre,
»quitalde luego la vida.
»Yo sacaré las mis huestes,
«para Córdoba esa villa
»llevaré sus siete hijos. etc. *(N. del Traductor).*

minable traicion, pero sin medios de vengarse, tuvo que devorar su rabia en la soledad de su prision. No fué sin embargo el Rey moro bastante bárbaro para conformarse enteramente á los deseos de Rui Velazquez; perdonó la vida á Gonzalo, pero con la firme resolucion de no restituirle jamás á su patria y á su familia. Informó sin embargo al señor de Villaren de que habian sido ejecutadas sus intenciones, y de que nunca mas volveria á importunarle la presencia de su enemigo.

Rui Velazquez y su indigna esposa recibieron esta noticia con una alegría feroz, y saboreando ya el placer de haber logrado una parte de su venganza, solo pensaron en los medios de hacerla recaer igualmente sobre los siete hermanos. Ignoraron pues algun tiempo los jóvenes infantes la suerte de su padre; pero no tardaron en advertir que se alargaba demasiado su permanencia en Córdoba, y los mas funestos presentimientos se agolparon á su imajinacion. Era en efecto muy singular que no hubiesen recibido noticia alguna de Gonzalo Bustos, y que no volviese á Castilla ninguno de los que le habian acompañado. Entregados por fin á la mas séria inquietud, trataron de

encaminarse á Córdoba á fin de saber que habia sido de su padre; y esta ocasion le pareció la mas favorable al señor de Villaren para poner el sello á sus crueles proyectos de venganza.

Aparentando el mas profundo dolor é indignacion, fué un dia á ver á los siete hermanos, y les dijo con voz balbuciente que tenia que darles muy fatales noticias.

—¡Oh nobles infantes! les dijo, ¡cuánto me aflije tener que anunciaros un suceso tan desastroso!—Ya sabemos cual ha sido la suerte de mi desgraciado amigo, de vuesto ilustre padre.—

—¿Qué significa esa ajitacion?—esclamó el mayor de los hermanos.—Por amor de Dios, señor de Villaren, esplicadnos este misterio.

El pérfido Rui Velazquez respondió, despues de un breve silencio.

—Pluguiera á Dios que nunca hubiera pensado yo en encargarle de aquella fatal comision! Fatal, sí, pues me cuesta mi mejor amigo, sin haberme sido de ninguna utilidad.—Vuestro noble padre ha sido traidoramente asesinado por órden del bárbaro Rey de Córdoba. Este infiel, resuelto á no pagarme la suma que

me debe, ha sacrificado sin duda á mi escelente amigo, á causa del empeño con que hacia valer la justicia de mis derechos. Pero el infame asesinato del valiente Gonzalo Bustos no quedará impune: por cada gota de sangre suya, torrentes correrán de sangre mora.—Valientes infantes, preparémonos á la guerra; empuñad las armas, convocad á vuestros vasallos; antes de tres dias es preciso que estemos en camino para Córdoba.

La sorpresa de los siete hermanos al recibir la inesperada noticia de la muerte de su padre, fue tan grande cuanto profunda su afliccion. Persuadidos de que sin duda era cierto lo que acababa de contarles el señor de Villaren, no concibieron la menor sospecha de su perfidia, antes por el contrario le agradecieron el celo que mostraba en castigar la ferocidad del Rey moro; escucharon sus consejos con la mayor deferencia, y le prometieron seguirlos al pie de la letra. Separáronse llenos de dolor y resentimiento, sin pensar por el pronto en otra cosa que en los preparativos de su espedicion contra los moros.

Triunfante Doña Lambra al prever el logro de sus diabólicos planes, no perdió ninguna ocasion

de sostener á su marido en su pérfida resolucion, cuidando al mismo tiempo de no dar á los siete infantes ningun motivo de sospecha. Ayudaron, pues, á sus verdugos las mismas víctimas á llevar á cabo sus proyectos, tan cobardes como crueles. Era el plan de Rui Velazquez retirarse con sus soldados apenas llegase á presencia de los moros, y abandonar á los infantes para que fuesen sacrificados por sus implacables enemigos. Dió aviso en secreto al rey de Córdoba de que si ponia su ejército en campaña, conseguiria una victoria tan fácil como completa.

Preparáronse, pues, igualmente á pelear los moros y los cristianos. Reunieron los infantes como hasta doscientos de sus vasallos, hombres intrépidos, con quienes podian contar á toda prueba, y que, aunque pocos en número, casi equivalian á un ejército entero: ademas, como el señor de Villaren habia prometido poner en campaña dos mil hombres bien apercibidos de todas armas, tenian suma confianza en tantas fuerzas reunidas. Llegó el dia de la partida: los siete hermanos, ardiendo en el deseo de vengar á su padre, y gozando ya en sus mentes de la victoria, formaron sus tropas enfrente del palacio

del Señor de Villaren. Púsose el ejército en movimiento, y al cabo de algunos dias de marcha se halló en presencia del de los moros, que era numeroso y formidable; porque el rey, fiándose poco en las promesas de un traidor, que podia muy bien tratar de engañarle, habia puesto en pie de guerra todas sus fuerzas, fiando la victoria mas bien al valor de sus guerreros, que á la traicion de un pérfido aliado. Envió, pues, bajo el mando de sus mejores capitanes al encuentro de los castellanos, tropas dos veces mas numerosas que las que se dirijian contra él.

No desanimó á los infantes de Lara la vista de unos enemigos tan superiores en número: ningun obstáculo parecia insuperable á su impetuoso valor y sed de venganza. Impacientes de pelear, propusieron el combate para el dia siguiente, y asi se lo prometió en efecto Rui Velazquez.

Entre los vasallos que seguian á los siete hermanos habia un anciano que en vez de abandonarse á la esperanze, mostraba siempre en su fisonomía el temor y la inquietud. Aunque era de clase bastante subalterna, tratábanle los infantes con mucha confianza y cariño; y no menos á aquella que á este tenia derecho el an-

ciano, pues los habia servido de ayo desde la infancia, mostrándoles siempre un cariño sin límites, y una fidelidad á toda prueba á la familia de Gonzalo Bustos.

Nuño Salido (tal era el nombre de este fiel criado) se avistó en secreto con los infantes la noche que precedió á la batalla, y les aconsejó con lágrimas en los ojos que no tomasen parte en ella, y que al punto se pusiesen en camino para volver á Castilla (1).

—¡Perdónete el cielo, Nuño Salido! dijo el mayor de los hermanos. ¿Y es posible que aconsejes á los infantes de Lara semejante bajeza, cuando una causa tan sagrada les ha hecho tomar las armas? Calla, calla: si los años han helado la sangre en tus venas, no intentes apagar el ardor de la que corre por las nuestras. Si temes por tu vida, vuelve á Castilla; nadie te lo impide: pero querer que renuncien los in-

---

(1) Ese buen Nuño Salido
gran pesar de ello tenia:
díjoles: Tornaos, infantes,
á Salas, la vuestra villa:
no pasemos adelante:
malos agüeros habia!.....

(Id.)

fantes de Lara á esta gloriosa empresa, es vana tentativa, inspirada por la demencia.

—Hijos mios, respondió el anciano, no haceis justicia á mis sentimientos. No es el temor de la muerte el que me hace hablaros de este modo; pocos son los dias que he de vivir; pero aunque fueran tan numerosos como los que promete al hombre la flor de su juventud, no temeria arriesgarlos por tan buena causa.

—¿Por qué, pues, nos aconsejas que volvamos á Castilla?

—Sois demasiado generosos, demasiado crédulos, para concebir la idea de una traicion: incapaces de cometer un crímen, no podeis creer que otro sea capaz de cometerle. Yo soy viejo, y una triste esperiencia me ha enseñado á no fiarme en las apariencias, casi siempre engañosas, y á mirar con desconfianza á los hombres. Creedme, nobles mancebos; no es cierta ni sincera la amistad que os muestra el señor de Villaren: le he observado con atencion, y en sus miradas y en sus discursos he visto demasiada doblez para que me sea posible tener confianza en él. Ademas... esta noche pasada he tenido un ensueño terrible, que amenaza con una espantosa catástrofe á la casa de Gonzalo Bustos de Lara si desgracia-

damente toma parte en la batalla de mañana.

Escucharon sonriendo los siete hermanos las palabras del anciano, y no hicieron el menor caso de sus consejos, atribuyendo al carácter tímido y suspicaz de la edad madura aquella desconfianza, hija sola de la prudencia y del cariño. Preparáronse, pues, á la lid con intrépida resolucion, conservando las mismas esperanzas de vencer que hasta entonces habian tenido.

No bien hubo rayado el dia, tomaron las armas los cristianos: adelantáronse denodadamente contra los moros, y estos se prepararon á recibirlos con la misma intrepidez. Acercóse Rui Velazquez á los infantes, y les felicitó por la gloriosa venganza que iban á tomar de la muerte de su padre. Los siete hermanos y sus fieles vasallos se colocaron en las primeras filas del ejército, é invocando en alta voz la proteccion de Santiago, se precipitaron sobre sus enemigos. En aquel terrible momento se realizaron los temores de Nuño Salido, y se hizo evidente la traicion del señor de Villaren, el cual, apenas vió á los valientes hermanos peleando contra los moros, cuando en vez de ayudarles, dió á sus tropas la señal de retirada, y se alejó con ellas del campo de batalla. Conociólo el primero Nuño Salido, y lanzó

un jemido profundo: entonces los sarracenos, seguros de la victoria, rodearon el pequeño escuadron de héroes consagrados á una muerte cercana. Reconocieron con horror los infantes la perfidia de que habian sido víctimas, pero era ya demasiado tarde para retroceder.

—¡Traicion! esclamó uno de ellos; nada puede salvarnos, pero que sea á lo menos tan gloriosa nuestra muerte, cuanto lo fué nuestra vida.

Pelearon los nobles mancebos con el arrojo de la desesperacion, y muchos moros probaron la robustez de aquellos brazos juveniles; la indómita resolucion que los animaba sorprendió á todos los enemigos. Un sentimiento no menos noble y heróico escitaba los esfuerzos de todos sus vasallos, y no hubo entre ellos un solo hombre que pensase en abandonar á los desgraciados hermanos para salvarse. Pero, ¿qué podia hacer el valor de doscientos hombres contra mas de cuatro mil? (1). Continuaba el combate con el mismo encono, aunque continua-

(1) Los cristianos eran pocos,
veinte moros á uno habia,
mataron á los cristianos
que á vida ninguna finca.

mente disminuia el número de los combatientes cayendo uno tras de otro los cristianos, cubiertos de heridas y muriendo con un valor digno de mejor suerte. Dos de los infantes habian ya mordido la arena; pero la vista de sus cuerpos ensangrentados y cubiertos de heridas, lejos de desalentar á los otros cinco, confortó su intrepidez y los estimuló á nuevos esfuerzos. Corridos los moros de que durase tanto tiempo el combate, los atacaron con nuevo furor y alcanzaron una completa victoria, aunque muy disputada, que puso fin á aquella desigual pelea. Los siete hermanos de Lara, junto á los cuales pereció Nuño Salido, quedaron en el campo de batalla, y todos sus vasallos recibieron una muerte gloriosa, escepto unos treinta que fueron hechos prisioneros. Ni uno solo volvió á Castilla á llevar la noticia de tan desastrosa aventura.

El jefe de los moros hizo cortar la cabeza

Solo quedan los hermanos,
Santiago, válme! decian,
hirieron recio á los moros,
gran matanza les hacian.

(R. G.)

á los siete infantes de Lara, trofeo que segun la bárbara costumbre de aquellos tiempos quiso presentar al Rey de Córdoba: clavaron pues en las puntas de sendas picas las cabezas de los desgraciados hermanos, y el ejército victorioso se dirijió á la capital del Rey moro.

Varios sucesos importantes habian pasado en aquella córte desde que Gonzalo Bustos fue hecho prisionero. El Rey habia desistido considerablemente de su rigor, y sin descuidar la custodia de su prisionero, le dejaba gozar de cierta libertad. Los infortunios del noble castellano inspiraron compasion á una jóven mora, hermana del Rey, y pronto á la compasion sucedió un sentimiento mas tierno (1). El mas profundo secreto cubrió por algun tiempo su mútuo cariño, pero no tardó el Rey moro en concebir algunas sospechas, y pronto sus sospechas se trocaron en certidumbre. No fue menor su admiracion que su despecho cuando supo la conducta de su hermana, y solo es-

(1) Una hermana de Almanzor,
rey de Córdoba llamado,
del bueno Gonzalo Bustios
preñada se habia quedado....
(Id.)

peró para hacerla perecer, á que naciera el fruto de sus amores clandestinos. En cuanto al niño y á D. Gonzalo Bustos, los guardó para una venganza mas terrible, cuyo plan le ocupaba sin cesar, aunque no habia tomado aun ninguna resolucion fija.

Dió á luz un hijo su desgraciada hermana el mismo dia en que se supo en Córdoba la noticia de la victoria alcanzada por las tropas musulmanas, é inmediatamente la hizo el Rey asesinar secretamente; conservó el niño, no por compasion, sino porque le creia un medio escelente para aumentar el horror de los tormentos que preparaba á su desgraciado padre. Recibió el horrible presente de las cabezas de los siete infantes con una alegría feroz, y concibió entonces un plan de venganza verdaderamente diabólico. Dió órden para que se preparase un magnífico festín, y finjiéndose conmovido de los males que habia sufrido Gonzalo en su prision, desde que se descubrió el secreto de sus amores, mandó que rompiesen sus cadenas y que le trajesen á su presencia. Cuando vió al señor de Lara, dijóle que habia resuelto devolverle la libertad en consideracion asi á sus largos infortunios como

á las últimas súplicas de su hermana, y le convidó al espléndido banquete que se preparaba.

Gonzalo Bustos que ignoraba el trájico fin de sus hijos y el de la princesa, no dudó en manera alguna de la sinceridad del Rey moro, y le manifestó su gratitud por tan generosa conducta: siguióle pues al salon del festín, lleno de las mas lisonjeras esperanzas. Soberbios eran los preparativos del banquete; el esplendor de la vajilla de oro y de las pedrerías que engalanaban la mesa deslumbró sus ojos. Luego que hubieron tomado asiento los convidados, mandó el Rey descubrir algunos platos que estaban colocados en el centro de la mesa.... y.... (1) ¡qué horrible espectáculo se ofreció entonces á sus ojos!—Los platos contenian siete cabezas en-

---

(1) En esto vino una fuente
que cubria una tohalla,
y en ella siete cabezas....

(R. G.)

Otros romances antiguos dicen *ocho cabezas*, las de los siete infantes y la de Nuño Salido.

Llorando atiende Gonzalo
las ocho amadas cabezas
de sus hijos y del ayo
que yacen sobre una mesa....

(N. del Traductor).

sangrentadas.:.. los ojos abiertos, pero apagados.... los cabellos empapados en sangre y cubiertos de polvo...—Volvióse el Rey á Gonzalo Bustos, y enseñándole con el dedo aquel horrible espectáculo, le dijo con un acento de bárbara alegría:

¡—Míralas, Gonzalo, míralas bien! Este es el banquete que te ha preparado el Rey de Córdoba.—¿No te sorprende y te admira?

Cuando el desgraciado señor de Lara hubo echado una ojeada sobre aquellos horribles despojos, lanzó un grito de agonía y de desesperacion. Aunque las facciones de sus hijos estaban atrozmente desfiguradas, un solo instante le bastó para reconocerlos: porque ¿quién podria engañar los ojos de un padre? Tan terrible, tan frenética fué su desesperacion, que el mismo Rey moro no pudo sostener por mas tiempo aquel espectáculo; un sentimiento de compasion penetró en su alma vengativa, por lo que hizo sacar del salon á Gonzalo Bustos, casi privado del uso de sus sentidos, y mandó que le lleváran á su calazozo. Pronto se conoció por la conducta y discursos incoherentes de este mísero padre, que su razon no habia podido resistir aquel choque terrible, y cuan-

do lo supo el Rey, resolvió no llevar adelante su venganza: perdonó tambien la vida á su sobrino, y acabó insensiblemente por cobrarle gran cariño. Permitió que Mudarra, este era el nombre del niño, pasase algunas veces á ver á su padre, y como hasta dos años despues de aquel horrible festín, le permitió que saliese de su prision y discurriese libremente por los salones y jardines del palacio, en un estado de idiotismo sombrío (1).

A pesar del lastimoso estado de su razon, tuvo Gonzalo sin embargo algunos lucidos intervalos, durante los cuales no hacia mas que hablar á Mudarra del asunto que absorvia todos sus pensamientos. Supo por el mismo Rey moro la traicion de Rui Velazquez; y siempre que hablaba de ello á Mudarra, insistia tenazmente sobre los detalles de la perfidia de aquel traidor. Crecia entre tanto Mudarra, y ya anunciaba las grandes prendas que tanto debian ilustrarle algun dia. Tendria ya unos veinte años, cuando su padre, rendido al peso de la edad y de las amarguras, pagó el último tribu-

(1) Los musulmanes, aun en el dia, miran con una especie de veneracion religiosa, á los seres privados de razon. *(N. del Autor).*

to á la naturaleza. El jóven Mudarra nò olvidó nada de cuanto le habia dicho su padre, é hizo voto solemne de vengarle, aun á costa de su vida.

Cerca de dos años habian pasado ya, cuando Mudarra, sintiéndose capaz de dirigir una empresa arriesgada, resolvió pasar á Castilla, y castigar al asesino de su padre y de sus hermanos. Comunicó su proyecto á los fieles castellanos cautivados en la batalla que tan funesta fue á lossiete infantes, y que se habian quedado en Córdoba siempre leales á la persona de Gonzalo Bustos, aunque hacia ya mucho tiempo que el Rey moro los habia puesto en libertad, y concedídoles permiso para volver á su patria. Aplaudieron todos la generosa resolucion de Mudarra, juraron defenderle hasta la muerte, y poniéndose bajo las órdenes de este jóven denodado, penetraron en Castilla resueltos á vengarse ó morir.

No ocultó Mudarra el motivo de su llegada, — por lo que pronto acudieron á reunirse bajo sus banderas todos los vasallos y amigos de la familia de Gonzalo Bustos. Su viuda doña Sancha, madre de los siete infantes, á quien solo habia hecho sobrellevar su amarga vida la

esperanza de vengarse algun dia, le envió víveres y dinero; — el conde de Castilla empeñó su palabra de que no intervendria en aquel asunto, dejando á entrambas partes el cuidado de terminarle como quisieran.—

Apenas supo Rui Velazquez que se acercaba el enemigo, marchó hácia él, le atacó, fue completamente derrotado, y á pesar de la superioridad de sus fuerzas, tuvo que retirarse á Búrgos. Siguióle á aquella ciudad el implacable Mudarra, y al punto le mandó un cartel de desafío, provocándole á combate singular; pero el señor de Villaren recibió con desden el desafío de un bastardo moro, como él decia, y le rehusó con desprecio.

— A fe mia que esto parece increible, dijo. Un renegado, el bastardo de una mujer mora, un villano á quien nadie conoce, osa provocar al señor de Villaren en su mismo palacio.

De nuevo le aconsejó doña Lambra que emplease algunos medios secretos para desembarazarse de tan molesto enemigo mas no era fácil recurrir con buen éxito á la traicion por segunda vez, pues bien podian haber escarmentado cuantos tuvieran que habérselas con

Rui Velazquez en el ejemplo de los de Lara.

Rui Velazquez, sin curarse de los peligros á que le esponia su indolencia, no hizo caso alguno de las amenazas del jóven Mudarra. Un dia, al volver solo de una cacería (1), habiendo dejado atrás á sus monteros, hallóse á un desconocido que se acercaba á él con rápidez; aquel hombre, á quien por la distancia no habia podido conocer al principio, era su mortal enemigo.

—Cómo! bastardo vil! tú aquí! esclamó el señor de Villaren: vete, infame, ó el sonido de esta bocina hará que vengan aquí mis palafreneros á castigar tu insolencia. Vete, repito; libértame de tu odiosa presencia.

—Satisfaré tus deseos, vil asesino, respondió Mudarra; los satisfaré, sí... porque dentro de algunos momentos uno de nosotros dos no podrá ver al otro.

—Osarias levantar el brazo contra mí?...

—Ahora lo verás, respondió el jóven echando mano á la espada. Mi resolucion es inmuta-

---

(1) El romance en que se refiere esta aventura es uno de los mas bellos que posee nuestra lengua: de él publicó una preciosa imitacion en sus *Orientales* el gran poeta Victor Hugo. *(Nota del T.)*

ble; defiéndete, si no quieres que te mate sin resistencia.

Sorprendido el señor de Villaren al ver la tenacidad de su enemigo, y no pudiendo persuadirse á que Mudarra insistiera en atacar, si él continuaba rehusando el combate, esclamó con voz imperiosa:

—Déjame continuar mi camino, miserable bastardo, y no insultes por mas tiempo á un noble castellano.

—Este bastardo vengará á su padre y á sus hermanos, esclamó Mudarra desenvainando su espada. Defiéndete ó muere, infame, traidor, cobarde asesino!...

Púsose entonces en defensa Rui Velazquez, y desplegó todo su vigor y destreza en resistir al furioso ataque de Mudarra, quien, al cabo de pocos momentos, le tendió sin vida á sus pies.

—Oh padre! oh malogrados hermanos mios! esclamó, ya estais vengados en parte; pero la furia horrible, la tigre que ha sido la causa principal de vuestra temprana muerte, respira aun,—y aun no he cumplido mas que la mitad de mi obligacion!—

Volvió luego á Búrgos, donde convocó una

asamblea de los principales deudos y amigos de la familia de Gonzalo Bustos para deliberar sobre el castigo que debian imponer á la cruel doña Lambra. Estaban divididas las opiniones, y succesivamente fueron propuestos varios é ingeniosos medios de castigarla, cuales eran, encerrarla en un calabozo y dejarla en él morirse de hambre: —arrancarla los ojos y tenerla cautiva hasta su muerte: —lapidarla: —quemarla viva. Todos convinieron en que ningun suplicio sería bastante cruel para aquella perversa criatura.

Despues de una discusion bastante acalorada, decidióse por fin, que la víctima sería lapidada, luego quemada y arrojadas sus cenizas al viento, y se fijó para el dia siguiente la egecucion de esta sentencia. Los partidarios de Mudarra emplearon toda la noche en tomar las posibles precauciones para que ningun obstáculo se opusiese al cumplimiento de sus deseos. Hicieron que quedasen sobre las armas sus soldados, recelando que los amigos de doña Lambra intentasen defenderla. Empezaba apenas á amanecer, y toda la ciudad estaba sumergida aun en el silencio y en el sueño, cuando una docena de los mas leales y decididos amigos de Mu-

darra colocaron sus tropas de modo que ocupasen todas las bocas de las calles por donde debia pasar la víctima; y despues de haber tomado esta precaucion, viendo que todo favorecia su horrible designio, pasaron al palacio de Villaren.

Imposible seria pintar el terror y la angustia que se apoderó de aquella malvada mujer cuando, despertándose sobresaltada, vió delante de sí á su mortal enemigo. Pronto conoció que no tenia que esperar compasion alguna de Mudarra, y la certidumbre de una muerte cercana la hizo agotar de antemano todos los dolores de la agonía: sin embargo, procuró aunque en vano aplacar su justa cólera, echándose á sus pies, olvidando su altivez y su orgullo, humillándose en fin del modo mas abyecto y servil. Todo fue inútil.

—No, tigre, no; respondió Mudarra con voz de trueno: no obtendrás un perdon que tú no concedistes jamás. —Tu sentencia está pronunciada, y vas á sufrirla. — Si tienes que dirigir al cielo alguna plegaria, que sea corta!

Arrastrada fue por las calles la miserable Doña Lambra, apenas el sol empezaba á brillar en las puertas del oriente, prometiendo un dia

puro y sereno... ¡Qué contraste con el estado en que ella se hallaba! — Sus ojos desencajados giraban frenéticos en sus órbitas, — sus largos cabellos caian desgreñados sobre su frente y sus espaldas, — sus pies descalzos, — cubierto apenas su cuerpo con las ropas de dormir!! — La altiva, la orgullosa Doña Lambra se deshacia en inútiles súplicas, sin poder hacer que brotára una sola chispa de piedad del corazon de sus numerosos enemigos. Era un espectáculo verdaderamente horrible ver á tantos guerreros armados contra la vida de una sola mujer. Ejecutóse en fin en todo su rigor la terrible sentencia pronunciada contra ella, y á los atroces gritos de la víctima llenáronse las ventanas de las circunvecinas casas de personas en cuyos semblantes se leia el horror que les inspiraba aquella espantosa escena.

Poco tiempo despues de esta catástrofe, hízose cristiano Mudarra, y recibió el bautismo en la iglesia principal de Burgos en medio de una pompa espléndida y de los mas brillantes regocijos: en el mismo dia García Fernandez, conde de Castilla, le nombró caballero, y le declaró heredero legítimo del solar, hacienda y honores de su padre. La viuda de Gonzalo Bustos, satisfecha

del valor y perseverancia que habia desplegado en castigar á los que ella miraba como sus enemigos personales, y aun mas, pues habian hecho perecer á su marido y á sus hijos, resolvió adoptarle por hijo suyo. Hé aqui como se hizo la ceremonia de su adopcion, inmediatamente despues de la de su bautismo.

Púsose Doña Sancha por cima de sus vestidos un gran manto de seda, cuyas mangas eran de estraordinaria anchura. A presencia de sus parientes mas cercanos hizo entrar á Mudarra en una de estas mangas, y cuando sacó la cabeza por cima del hombro, y se halló junto á la de Doña Sancha, ella le dió un beso en la frente, y le presentó á su familia con el título de hijo suyo. — Un gran festin terminó esta curiosa y singular ceremonia : asistió el conde de Castilla al banquete, y dió repetidas pruebas de benevolencia singular al nuevo cristiano y nuevo caballero.

Probó Mudarra desde aquel dia en lo succesivo que era digno de los honores que le habian sido conferidos, como tambien del ilustre tronco de que descendia. Su adopcion en la familia de Lara y su conducta durante toda su vida borraron la ilegitimidad de su nacimiento.

Fue Mudarra el primer ascendiente de la familia de los Manriques, una de las casas mas nobles é ilustres de España : sus despojos mortales fueron depositados en el monasterio de San Pedro de Arlanga.

TRUEBA.